

estuviere observando a otro personaje desde algún rincón tenebroso de la bodega. No pensaba tanto en la inminencia excitante de lo que iba a ocurrir, cuanto en la delectación de una experiencia que me aproximaba de hecho a la circunscripción jactanciosa de mis propias infracciones. En algún momento llevé a Milagros hasta el automóvil, que parecía haberse resignado con polvorienta mudez a su definitivo letargo bajo los porches. Y allí dentro, recostados en un frío asiento que olía a gutapercha rancia, sin consentir ella que la penetrase mal que bien, me practiqué una especie de hábil masturbación con los muslos que me condujo velozmente al primer orgasmo cierto de que tengo constancia, esa convicción clamorosa de haber sobrevivido a un placer sólo barruntado hasta entonces en confidencias de amigos o en muy deficientes suplencias eróticas. Por alguna parte debió de retumbar la disonancia delatora del clarinete del novio de Milagros.

A tía Carola Bonald Erice, hija del otro abuelo Juan, no la conocí sino cuando vine por primera vez a Madrid, en 1951. Había oído decir en Jerez que estaba acostada desde que acabó la guerra, o sea, que ya había cumplido sus buenos once o doce años en la cama. Pero no era exactamente así y, además, las causas de semejante actitud no tenían demasiado que ver con las de los otros Bonald acostados. Tía Carola era viuda de guerra. Su marido, un coronel jurídico, había desaparecido en la turbamulta bélica y, por lo visto, ella tardó mucho en superar ese infortunio. El hecho de acostarse tuvo el mismo significado, creo yo, que si se hubiese recluso en un convento. Por los años en que yo la traté, su permanencia en la cama no era ya tan inquebrantable. Se empezó a levantar para ir a todos los estrenos de teatro de que tenía noticias a través de *ABC* y luego, poco a poco, se habituó a salir por las noches para cenar en alguno de los restaurantes de la zona de la calle Almirante, que es donde vivía y donde murió no hace mucho, en la misma casa en que estuvieron

hasta su extinción los Laboratorios Bonald. Era una mujer muy delicada y agradable, una de esas señoras mayores que resultan particularmente atractivas por algo que no se acierta a discernir a primera vista y que acaba asociándose al hecho de que han sabido envejecer con una elegante displicencia. Detestaba por igual las joyas, los cosméticos y las verbenas, cada cosa a su tiempo. Tenía noventa y cuatro años cuando murió y había conservado hasta entonces una lucidez, una tolerancia y una tan benevolente noción de la vida que nunca dejaron de conmoverme, tal vez porque reproducían con palmaria exactitud las de mi madre y, posiblemente, las de todas las mujeres de la familia Bonald que he conocido.

Tía Carola no había tenido hijos, pero sí disponía de varios sobrinos y sobrinas más o menos de mi misma edad. Una de esas sobrinas, Natalia, solía pasar algunas temporadas con nosotros en Jerez y se casó con un bodeguero, Eduardo Delage, hijo de un alcalde franquista, que terminó arruinándose por no sé qué enrevesados pleitos de herencias. Otro sobrino, César, era muy divertido y fue al que yo más traté durante mis primeros años en Madrid. Después de abandonar los estudios de arquitectura, se había ocupado de tareas muy diversas, todas ellas dispartadas. De acuerdo con sus propias informaciones, generalmente dudosas, había hecho de todo. Si se introducía en la conversación un comentario en torno a cualquier oficio, por muy excéntrico que fuese, enseguida intervenía él para pontificar sobre la materia y extenderse en los pormenores de su actividad en ese terreno. Cuando yo lo conocí, no hacía mucho que había vuelto de Túnez en avanzado estado de postración. La familia se temió enseguida que algo iba mal y que no parecía improbable que eligiera la cama como más idónea fórmula curativa. Pero como César no era Bonald más que de segundo apellido, la sospecha no pasó a mayores. Sólo estuvo unos pocos meses encamado y, en apariencia, acabó recuperándose sin otra medicación que su emprendedora terquedad imaginativa.

Según él, había logrado amasar una pequeña fortuna en Túnez, gracias a una contrata de cemento para las nuevas construcciones turística del golfo de Hammamet —por donde precisamente pasé yo, no hace mucho, camino de la ciudad santa de Kairuán—, pero ocurrió que un grupo mafioso italiano que operaba en la zona empezó a hacerle la vida imposible. Así que prefirió abandonar tan lucrativo negocio antes que exponerse a abandonar este mundo. Siempre según él, decidió entonces desplazarse a los campos petrolíferos de El Borma, ya en la frontera meridional con Argelia, más por la tentación de la aventura que por intereses estrictamente económicos. Aunque no consiguiera encontrar allí ninguna clase de acomodo, sí tuvo la suerte de conocer a una especie de jeque beréber que lo contrató como edecán —así lo definió él— y a quien sirvió en el Gran Erg por espacio de cinco meses. El desenlace de la historia nunca llegué a saberlo, por más que me azuzara la curiosidad, pues el interesado no solía responder sino con subterfugios. Andando el tiempo, supe que César había sido, sucesiva o simultáneamente, regidor de un teatro, inventor de una fórmula de embalsamamiento destinada a momias exquisitas, representante artístico, promotor tardío del aprovechamiento del semen en la elaboración de productos de belleza, negro de un comerciante aficionado al género dramático, y no sé qué más. Poco antes de su muerte, que acaeció de manera repentina, se pasaba las tardes en el café Gijón perorando sobre las ventajas del socialismo utópico para contrarrestar la proliferación de desfiles militares.

Aparte de abuelo, sólo otro miembro de la familia que vivía con nosotros en Jerez puede incluirse —aunque con reservas— en la nómina de acostados. Me refiero a tía Isabela, la hermana menor de mi madre. En realidad, tía Isabela sólo se quedaba en la cama por temporadas y, después de casarse, no se volvió a acostar, quiero decir sin motivo. La recuerdo como a una amiga casi de mi edad o, mejor, como a la mujer

con quien —después de mi madre— más confidencias compartí en los intrincados años de la adolescencia. Estaba dotada de una disposición artística que sólo las adversidades educativas o la injusticia del tiempo hubieron de ir neutralizando. Tuvo un solo hijo, Humberto —hoy arquitecto en Sevilla—, al que educó con solicitud magnánima, y murió en Sanlúcar después de una larga y abominable enfermedad. Escribía con bastante primor y ella fue la que vino a iniciarme pacientemente en los trances aventureros de la lectura. Me parece que lo que pretendía era sustraerme así de otros gustos posibles que pudieran malear mi personalidad. Supongo que era así de crédula.

En esto coincidía tía Isabela con un excelente profesor de literatura que tuve en los Marianistas, en los últimos años del bachillerato. Se llamaba don Javier de Orbiso y era todo un caballero, muy pulcro y cortés. Aunque yo me hacía un poco el desentendido, sé que él me tenía entre sus alumnos predilectos. Yo pensaba, en buena ley, que a quien don Javier tenía que haber apadrinado era a un compañero de clase, un interno oriundo de la serranía gaditana, por mal nombre «Tempranillo», que producía una media de veinte composiciones líricas —preferentemente sonetos— por día lectivo. Pero se conoce que tamaño fecundidad no suscitaba ningún beneplácito por parte de don Javier, que era hombre de gustos más ponderados. Una vez me dijo, como por juego, que por qué no escribía cualquier cosa que se me ocurriera, sólo para corroborar lo que ya él daba por cierto, esto es, que las deficiencias de mi conducta no se correspondían con mis aptitudes literarias. No escribí nada, y bien que lo sentí luego, pues no tardé en comprobar que había decepcionado de la manera más ingrata al bueno de don Javier.

De modo que me aficioné a leer a Stevenson, a Melville, a Conrad, a Verne (que es el que menos me agradaba), a London, sólo porque tía Isabela aprovechaba cualquier ocasión para regalarme todos los libros de esos autores que

encontraba por ahí. Sin ser sus preferidos —ella se inclinaba sobre todo por la novela naturalista—, pensaba que muy bien podían servirme como más fructuosa vía de acceso al cultivo de la sensibilidad. Nunca se lo agradeceré bastante. Tengo la impresión de que fue por entonces cuando alimenté la empecinada idea de que si yo me inventaba alguna historia y me ponía a escribirla, le devolvería muy satisfactoriamente a tía Isabela los muchos desvelos y atenciones que me dedicaba. Pero no, creo que esa ocurrencia sólo llegó a verificarse algún tiempo después, cuando cayó en mis manos una especie de semblanza biográfica de Espronceda que había por casa. La semblanza se debía a don Narciso Alonso Cortés y el libro estaba dedicado a la abuela Julia. A poco me enteré que este don Narciso, académico y estudioso de la literatura del XIX, se había carteadado con abuela a propósito de no sé qué cuestiones pedagógicas. Nunca, al cabo de los años, conseguí encontrar esas cartas.

A lo que iba. Esa biografía de Alonso Cortés —cuya obra ya nadie recuerda— era un texto más bien mediocre pero que a mí me mostró a un Espronceda fascinante. No me refiero a su poesía, que había leído a trechos y casi a escondidas, sino al personaje propiamente dicho, al hombre de acción que venía a compendiar la más vistosa imagen del paladín romántico en versión española. Me dejó estupefacto —sin paliativos— que una persona que murió con treinta y tres años hubiese alcanzado un destino literario y humano tan rigurosamente espectacular. La enumeración de sus andanzas me resultó por lo menos asombrosa. Si insisto en recordarlas es porque nunca, ay de mí, he dejado de hacerlo. Fundó con el iluso Patricio de la Escosura —el del «bulto vestido de negro capuz»— una sociedad secreta cuando tenía dieciséis años (¿los míos de entonces?); viajó poco después a Lisboa, Londres, París; luchó en las barricadas durante la revolución de 1830; estuvo desterrado por su exacerbado republicanismo; fue diputado, guardia de Corps, secretario

de la legación española en La Haya. Por si todo eso fuera poco, se las ingenió para raptar a una muchacha —casada con otro— que acabó abandonándolo y dejándole una niña. Y algo más prodigioso: un día, cuando paseaba por la calle Santa Isabel de Madrid, vio a su amante muerta a través de una ventana.

Semejante acumulación de hazañas me inculcó una aspiración apremiante: la de intentar ser como Espronceda. En vista, sin embargo, de que resultaba más bien descomulgada la imitación de tantas y tan meritorias peripecias, opté por elegir las dos más asequibles: escribir poesía y arrojarme de bruces en una vida licenciosa, con lo que mis incoercibles deseos de emulación quedaban bastante bien encaminados. La desesperación lírico-dramática de Espronceda, como travesunto fiel de mi fingida desesperación, constituyó el primer imperioso vínculo operativo. Me llevó mi trabajo encontrar el método más idóneo para que esas disipaciones me proporcionaran un buen motivo de inspiración poética. Probé muchas nocturnidades y alguna que otra alevosía, todo ello con la debida premeditación y de acuerdo con mis muy precarias disponibilidades económicas. Fue una temporada inolvidable y ya me veía admitido en la intimidad del Parnaso en razón de los muchos méritos contraídos. Rehuía a los amigos de siempre y me ausentaba de los sitios habituales de paseo para que esa ausencia me hiciera aparecer ante los demás como un personaje extravagante, cuyo más presumible secreto era el de llevar una vida altamente pecaminosa. La asiduidad a tabernas, prostíbulos y antros de similar calaña me deparó una ufanía, una especie de delectación morbosa, que no por difusa dejaba de intercalar sus dosis de arrepentimiento, cosa que tampoco me venía mal a efectos temáticos. Mientras practiqué ese voluble aprendizaje, escribí un buen número de poesías, todas ellas del género melodramático, que el tiempo ha tenido la deferencia de extraviar.

Tía Isabela era una mujer tierna y obsequiosa, de muy

buena planta, un poco lánguida quizá, con una animadversión casi enfermiza por las cosas rastreras de la vida. Un día de invierno decidió acostarse con la excusa de que hacía mucho frío en la casa. Frío hacía, desde luego, pero ella dedujo que sólo podría combatirlo por el procedimiento de no levantarse. Hay remedios peores. En Jerez, como en otras muchas ciudades andaluzas, no se solían acondicionar las casas contra el frío porque, tradicionalmente, se daba por hecho que la benignidad del clima eximía de cualquier precaución en este sentido. Nada más falso. Los mayores fríos caseros de que yo tengo memoria —no los angustiosos de la guerra y años subsiguientes, sino los normales de cada día— los he padecido en Jerez o en Sanlúcar. Los medios usuales para contrarrestarlo, aparte de bufandas, gorros, guantes, guantes y demás, se reducían al brasero y ocasionalmente a la chimenea. El brasero, de cisco o de orujo de aceituna, se colocaba a media mañana en la camilla, y no sé si por influjos del diminutivo, retenía allí a todos los miembros de la familia que no estaban en la cama o no tenían mejor cosa que hacer. Mi madre solía esparcir sobre las brasas, con metódica frecuencia, un buen puñado de alhucema, con lo que toda la casa se impregnaba de un efluvio aromático de monte que todavía hoy forma parte, con la emanación de las sábanas húmedas y del cuero recién curtido, de las emociones sensitivas que aún me siguen acompañando.

El miembro más joven de la familia que se acostó en funciones de enfermo imaginario fue el primo Rafael. Este primo era tres semanas mayor que yo y, en principio, se pasaba las noches leyendo y fumando una especie de tagarninas apestosas. Cuando optó por quedarse en la cama ya había muerto su padre —algún mentecato dijo que por fin se había levantado, aunque no por su propio pie— y no parecía que él llevase distinto camino. Pero su etapa de acostado duró un año a lo sumo. Un día abandonó la cama sin previo aviso y, como si fuese la cosa más natural del mundo, le dijo a su

madre que iba a salir y que a lo mejor llegaba un poco tarde a comer. La madre, que era una bondadosísima señora, no hizo sino despedirlo con lágrimas en los ojos. La bodega ya la habían tenido que vender de mala manera, debido a la dejadez mayúscula de tío Rafael, y el hijo se propuso desde entonces administrar los bienes que aún les quedaban, unas casas de renta antigua y unas pocas tierras en la montaña santanderina.

Rafael fue realmente un constante mentor de mis primeros ejercicios literarios más o menos razonables. Con él y con otros dos jóvenes letraheridos de la localidad formábamos como un frente iconoclasta cuya principal estrategia consistía en escandalizar al personal con toda clase de descaros y excentricidades. Una actitud que se manifestaba incluso en la manera de hablar ante personas que no pertenecían a nuestro círculo de confabulados y a quienes dedicábamos entonces frases sutilmente descabelladas. Aún recuerdo algunas del tipo de «acabo de enterarme que la monja alférez tenía tres tetas», «si un pájaro vuela hacia atrás es que ha mamado de pájara», «ayer vi en Sanlúcar a un ahogado que no hacía más que comer higos chumbos», «dicen que los mejores buñuelos son los que se fabrican con las pelotillas de los pies de los obispos», y otras mamarrachadas a este tenor. Tal vez de un modo instintivo, necesitábamos neutralizar, no importa que dando palos de ciego, la ramplonería, el mezquino estatismo social y cultural de aquel Jerez de los años 40. Éramos en puridad los primeros adolescentes de la posguerra y todavía no nos habíamos enterado de nada, ni siquiera de que estábamos usando una especie de variante con minúsculas de la libertad frente a la general privación de libertades. Cumplimos pues a rajatabla con nuestro cupo juvenil de intemperancias y desobediencias, si bien ninguna de ellas tenía el más remoto parecido con algún airado inconformismo de carácter ideológico.

Una noche borrascosa ideamos una fechoría que, de no

intervenir algún influyente preboste, nos habría llevado sin más ante la justicia ordinaria. Resulta que en una bella placita de Jerez, justo detrás de la casa donde nació don Miguel Primo de Rivera, había una pequeña estatua dedicada al también jerezano padre Coloma. Era un busto de escaso relieve, montado sobre un pequeño pedestal. En ese pedestal lucía una primorosa inscripción donde se proclamaba lo honrado que se sentía el pueblo de Jerez por contar entre sus hijos a aquella lumbrera de las letras patrias, por no decir de las universales. Y se nos antojó de pronto que semejante despilfarro de alabanzas tenía un acusado tinte provocativo. Así que nos personamos en la plaza muy de madrugada, provistos de las herramientas pertinentes, y desmontamos el busto de nuestro ilustre paisano. Alguno de los implicados pensaría con toda probabilidad que el autor de *Pequeñeces* no se merecía un ultraje tan burdo, siquiera fuese por la amenidad satírica con que intentaba suplir a veces su paupérrimo estilo, malbaratado entre rifirrafes de salón y moralejas jesuíticas. Una vez el busto en nuestro poder, se nos planteó un dilema difícil: el de no saber qué hacer con él, aparte de que su peso dificultaba un largo traslado. Juan Valencia, un digno y malogrado poeta que fue mi mejor amigo de entonces, se ofreció con temeraria diligencia a llevarse a su casa para celebrar allí al día siguiente un nuevo acto de agravio. Pero lo que terminamos haciendo no fue otra cosa que cargarlo a duras penas hasta la casa natal de Primo de Rivera, en cuya puerta lo depositamos. Nunca supimos quién pudo vernos o quién se malició que el estropicio había sido perpetrado por nosotros, pues fuimos llamados a declarar ante la policía y el periódico local arremetió contra tan indignos pisoteadores de la gran ejecutoria cultural jerezana. La sangre, en todo caso, no llegó al río.

En ese mismo periódico local —el *Ayer*— había aparecido poco antes el que fue mi primer texto publicado, si bien escrito en colaboración con el primo Rafael y firmado de

manera que parecía sólo mío: Caballero-Bonald. Era un artículo sobre las trastiendas humanas del circo y, después de esmerarnos en su redacción por espacio de dos largos días, pensamos que su calidad era incluso muy superior a la de las colaboraciones habituales del *Ayer*, mayormente referidas a temas marianos o de exaltación de los valores de la patria en general y de la chica en particular. Este periódico adolecía de unas deficiencias tipográficas tan palmarias que resultaba prácticamente ilegible, aparte de que también lo fuera a efectos informativos. Una vez, en la página dedicada a las noticias de última hora, apareció una nota magistral; decía: «Más noticias de última hora en la edición de mañana.» Pues bien, el primo Rafael y yo nos armamos un día de valor y fuimos a ofrecerle aquella primicia literaria al director del *Ayer*, un señor de aspecto abacial que nos reconoció en seguida por el apellido y que nos prometió leer el artículo y, si lo encontraba aceptable, publicarlo. Sólo estuvimos pendientes de esa eventualidad unos pocos días y, cuando al fin vi mi firma impresa, pensé que de ahí a la fama no había mucho trecho. Y que incluso me iba a resultar fácil dar el salto.

El artículo en cuestión tuvo una historia previa de cierto gracejo. En una explanada al final de la calle del Porvenir estaban instalando un circo y a mí se me ocurrió presentarme por allí, en funciones de periodista, para ofrecer la realización de un artículo. Le confíé mi idea al primo Rafael y él se mostró muy dispuesto a acompañarme. Así que nos personamos en el circo cuando aún no habían terminado de montar la carpa y preguntamos por el director. El director nos recibió en una *roulotte* medio desvencijada y nos obsesó, como primera medida, con dos entradas para asistir a la función inaugural del día siguiente, con lo que obtendríamos información sobrada acerca de las excelencias del espectáculo. Y así lo hicimos. Los números circenses eran bastante modestos, pero descubrimos a unas chicas saltimbanquis

sumamente atractivas, o eso pensamos mientras hacían sus piruetas. La idea de escribir el artículo se vio entonces muy reforzada por la posibilidad de entablar relaciones con esas acróbatas. Eran cuatro, pero Rafael y yo ya habíamos elegido a las dos más agradables. Al terminar la función, proseguimos con nuestra tarea periodística y, de paso, invitamos a esas dos chicas a venirse con nosotros a tomar una copa. De cerca y ya vestidas de calle, las saltimbanquis parecían mucho más famélicas que cuando actuaban en la pista. Exhibían, además, un aire de muñecas baratas un poco decepcionante. Dijeron que estaban muy cansadas y que a esas horas ellas no iban a ningún sitio, pero que al día siguiente, a las doce de la mañana, podíamos ir a recogerlas. Y en eso quedamos.

La cita tenía, en principio, un componente de descaro que la hacía más tentadora. Salir al mediodía con aquellas dos muchachas tan lerdas y llamativas podía resultar de lo más impropio. En una sociedad como la jerezana, dividida en clanes a manera de círculos herméticos y atascada en sus necios prouarios educativos, esos exhibicionismos podían ser considerados como formalmente recusables. Una cosa eran los deslices a escondidas y otra muy diferente las demostraciones públicas. Ya comenté más arriba que el primo Rafael y yo —junto con Juan Valencia— nos inclinábamos siempre por ese tipo de módicas infracciones con las que poder demostrar nuestra novelera independencia. Paseamos pues con las dos saltimbanquis por la zona urbana más concurrida a aquellas horas. No recuerdo qué fue lo que hicimos exactamente, pero a lo mejor ni siquiera suscitamos la atención de alguno de los árbitros de las buenas maneras o, como suele decirse, de los respetos humanos, cosa que, de ser cierta, nos habría defraudado bastante. En cualquier caso, esas dos muchachitas eran tan pudibundas y parecían tan desvalidas que las devolvimos a su lugar de origen antes de lo previsto. Si yo había alimentado en mi fuero interno la

aventurera posibilidad de unirme al circo en calidad de cronista, para compartir así la vida errática de sus gentes, nada de eso prevaleció a la postre en mis cálculos. A Rafael y a mí, sin embargo, nos quedó como un sedimento remunerativo de algunas metafóricas interioridades de la vida circense. Por eso escribimos el artículo, donde arremetíamos de pasada, y en calidad de estetas inflexibles, contra el hábito obsceno de amaestrar animales, una trasgresión antinatural que siempre he detestado.

Rafael había ido reuniendo una biblioteca más bien insólita no ya para su edad sino para los tiempos que corrían. Con diecisiete años había leído hasta a Giovanni Papini, que ya son ganas de leer. Publicó por entonces, en una revista que hacía la asociación de antiguos alumnos de los Marianistas, unos sesudos comentarios sobre Aldous Huxley. Estaba además al tanto, a través de las revistas de la época, de todo lo que ocurría en el tinglado cultural madrileño, que era bien poco, pero que a él, y a mí de rechazo, nos resultaba de lo más sugestivo. Se entiende que todo eso hiciera de Rafael un jovencito bastante pagado de sí mismo y, si se lo proponía, de veras impertinente. Hablaba muy despacio, como cuidando de no decir ninguna tontería, y tenía fama de pretencioso y esquinado. Esgrimía un manifiesto desdén por toda clase de atrofias sentimentales, aunque era muy enamorado. Si terminaba con una novia, al punto empezaba con otra. Yo creo que lo que pasaba era que las novias, después de una etapa de tanto más o menos prolongada, acababan aburriéndose de las agobiantes pruebas a que las sometía Rafael, más que nada por esas larguísimas peroratas sobre asuntos culturales que a ellas no les debían de interesar ni poco ni mucho. Pero lo que a mí me tenía verdaderamente encandilado era su notoria competencia en materia literaria y no cesaba de pedirle libros y orientaciones, que mi hermano Rafael se encargaba luego de aquilatar a su manera.

A partir de ahí empecé a frecuentar muy discretamente a

algunos clásicos españoles, a ciertos novelistas rusos y franceses, a los poetas parnassianos. No me sometí en este sentido a ninguna observancia al uso, quiero decir que no leí a esos consabidos figurones canónicamente aupados por las tribunas falangistas o el catolicismo militante —los García Serrano y los Ricardo León—, cuyos escarceos literarios en aquellos años triunfales me sonaban, aun sin conocerlos más que de poco trato, a chisporroteos de ínfima pirotecnia idealista. Tampoco congenié, sin otro veredicto que el surgido de una espontánea arbitrariedad, y salvo alguna fragil excepción —*¿La historia de San Michele*, del sueco Axel Munthe?—, con todos esos adocenados autores extranjeros entonces tan en boga: los Lajos Zilahy, Somerset Maugham, Zweig, Bromfield, etc. Creo que por entonces mis hábitos de lector aún seguían tercamente mediatizados por las nebulosas románticas, los atajos suntuosos de la novela de acción y —acaso también— los vibrantes augurios poéticos de un Gabriel Miró o un Ramón Gómez de la Serna. De modo que toda esa gimnasia especulativa recomendada por el primo Rafael, no sé si para desentumecerme el gusto o para poner a prueba mi capacidad receptiva, me resultó muy poco llevadera. Y con muy escasas compensaciones, ésa es la verdad. Aunque tampoco creo que fuera exactamente eso, sino más bien una cierta inopia por mi parte para seguirle la pista o hurgar en los aparejos psicológicos del malvado Dimitri Karamazov o de la hermosa madame Michu, que quedaban muy a trasmano de mis fijaciones recreativas en materia literaria.

Tengo aún algo que contar a propósito de novias. Un día me dijo Rafael que acababa de entablar relaciones con la bella hija del director de una alcoholera, una chica a la que yo no debía de conocer —recién venida como estaba de Tarragona— y cuya simple contemplación bastaba para provocar toda clase de éxtasis, que es lo que a él le había acontecido. En vista de que Rafael tenía que estar con ella por las tardes, según exigían los más acreditados protocolos

amorosos de la época, no pudimos vernos entonces con la misma asiduidad que antes. Era la primera vez que ocurría algo así, y yo me quedé de veras defraudado, alimentando incluso la suposición de que semejante actitud se parecía mucho a una deslealtad. Con esa murría andaba cuando una tarde, mientras paseaba con Juan Valencia, me señaló éste a una guapa muchacha que se cruzó con nosotros, aclarándome que se trataba de la novia de Rafael. Ese hecho tan simple me ocasionó un serio trastorno sensitivo, pues a partir de ahí quedé absolutamente prendado de la apetecible novia del primo, que luego resultó no serlo. Pero como yo creí que lo era, inmediatamente se activó en mi imaginación un complicado mecanismo de interferencias amorosas. La cosa duró más de lo razonable y por primera vez sentí que una pasión de la clase de las avasalladoras me instaba a buscar un lenitivo que únicamente podría encontrar en los refugios ilusorios de la poesía lírica. Sólo volví a ver otro día a aquella musa sostenida con los artificios de mi propia redundancia sentimental, y ya al cabo de unas dos semanas, cuando Rafael me presentó a su verídica novia, supe que me había enamorado de lejos y por error. Tan enrevesado asunto me reportó una estimable confusión emotiva que tardé meses en resolver.

Rafael disponía de amigos raros y curiosos, como algunos de sus libros. Uno de esos amigos tuvo una memorable relevancia en mis vaivenes primerizos como aprendiz de poeta. Se trataba de un señor ya sesentón, con muy extendida fama de homosexual y, por ende, sistemáticamente desplazado de la más gazmoña sociedad jerezana. Este señor —don Teodoro Casares— era un culto bibliófilo, rico por su casa, que había pertenecido al partido republicano reformista (el mismo en el que militó mi padre) y que había conseguido finalmente sortear los asaltos de quienes pedían la muerte de la inteligencia. No sé cómo se las arregló para salvar asimismo de la quema los buenos catorce o quince mil volúmenes

de su biblioteca. Tampoco sé por qué lo conocía Rafael, a lo mejor era un viejo amigo de la familia. Un día nos llevó a su casa a Juan Valencia y a mí. La casa era un despropósito. Grande y destartalada, tenía el piso bajo condenado y en el de arriba había libros por todas partes, amontonados con un aparente desorden que resultó obedecer a un peculiar método de clasificación por épocas y materias. También había por allí un buen número de pájaros disecados con aspecto de podridos, diversos maniqués vestidos con antiguos uniformes de alabarderos y no pocos trastos de encuadernador que más parecían instrumentos de tortura.

Don Teodoro nos recibió con mucha amabilidad. Era un hombre más bien bajito, de pelo ceniciento, tristán y desaliñado. Llevaba siempre escurridas hacia la punta de la nariz unos lentes de montura plateada, y miraba por encima de ellos con unos ojos interrogantes y como desvalidos. Nos invitó a una copa de oloroso y se mostró de lo más complacido cuando Rafael lo ilustró en términos magistrales sobre nuestras aficiones literarias. En contra de las más arraigadas codicias y prevenciones propias de los bibliófilos, y sin que mediara la menor insinuación por nuestra parte, don Teodoro se ofreció a prestarnos algunos libros que, según él, estaban proscritos en todas las covachas nacionales de la instrucción pública. Así lo puntualizó. La magnanimidad de don Teodoro no paró ahí, sino que nos propuso, si ése era nuestro deseo, reunirnos un día a la semana para devolverle los libros prestados y recoger otros, todo ello sin perjuicio de tomar una copa en paz y armonía mientras le contábamos nuestros empeños literarios. Al cabo de tanto tiempo, continuo oyéndolo hablar así, con un lenguaje de viejo republicano educado en el respeto al prójimo y obstinado en que nadie, y menos aún los emisarios de la sinrazón, pudiese violentar la beata solidez de sus ideas. Desde luego que ninguno de nosotros sabía entonces nada de la militancia política de don Teodoro ni de su azarosa filiación de desafec-

to, según la terminología policial al uso. De lo que sí estábamos enterados era de su condición de homosexual, cosa que nos mantenía a veces un poco en vilo, pues el pobre don Teodoro no podía sustraerse a la tentación de algún que otro disimulado tocamiento o de unas miradas anhelantes y como sugeridas por esa especie de ternura maltrecha que agobia a los reprimidos. Pero su generosidad, sus palmarias atenciones de hombre solitario y habituado a la desdicha, iban a modificar sustancialmente las relaciones entre mi experiencia y el pensamiento literario en que se alojaba. Una manera, como cualquier otra igualmente casual, de ir llenando de contenido los espacios en blanco de la imaginación.

El primer libro que me prestó don Teo —que así lo llamábamos— fue la *Segunda antología poética*, de Juan Ramón Jiménez, en la edición de 1922 de la Colección Universal. De eso sí que me acuerdo como si acabara de ocurrir. Llegué a casa con aquel desconocido tesoro y me acosté enseguida para leerlo. Por la mañana, la correlación de fuerzas de mis ideas literarias había adquirido una nueva movilidad. Fue como si se desmantelaran bruscamente en la memoria todas mis anteriores pertenencias poéticas y descubriera de pronto la maleable utillería de un lenguaje que no era con el que yo me había familiarizado hasta entonces. Lo cual vino a acrecentarse cuando permuté con Juan Valencia el libro que le había prestado a él don Teo: la antología de *Poesía española*, de Gerardo Diego, en la edición de la Editorial Signo de 1932. Casi sin saberlo, aquel bibliófilo triste y arrinconado había puesto a mi alcance el instrumental idóneo para una operación reflexiva de urgencia, inviable hasta entonces dentro de las condiciones de incertidumbre y aislamiento en que me desenvolvía. Y más tratándose de un joven extraviado por ciertos volubles arrabales de la literatura, acotados todos ellos por un lirismo de falsete. Eran a no dudarlo unas arpas muy cubiertas de polvo. En aquel Jerez de mediados de los 40, inmerso en una tenaz indignancia cultural y replegado en

sus propias fanfarrias localistas, la ayuda intachable de don Teo fue desde luego providencial. Es posible que todavía anduviera yo queriendo vagar por los anillos exteriores de la imaginación romántica, es decir, por un suministro poético mezclado de venenos tormentosos muy rápidos de digerir. Pero ya nada iba a ser lo mismo. Digamos que Juan Valencia y yo pasamos por junto, y sin estaciones intermedias, del previo invento poético de la experiencia a una experiencia directamente coagulada con el lenguaje. De lo que no estoy seguro es de que eso ocurriera tan de inmediato. O de que no se interpusiese *bona fide* algún otro desvío más o menos transitorio.

Coincidiendo con esas incipientes recapitulaciones también tratamos Juan Valencia y yo con alguna regularidad a Mercedes Zurita, marquesa de Camporreal, una viuda muy bien plantada y de efusivo trato que gustaba de las bellas artes y, en especial, de las buenas letras. Eso del marquesado, que venía a representar otro de los ornamentos ineludibles para la alineación en el catálogo de genuinos señoritos jerezanos, no parecía ser en este caso un requisito sino un accidente. Por cierto, creo que fue Agustín de Foxá —autor de un soneto feroz contra la aristocracia local— quien puntualizó que, en Jerez, sólo había dos garantías de prestigio: o ser Domecq o ser caballo. Pues bien, esta marquesa, que vivía en un magnífico palacio neoclásico cerca de la vieja iglesia mudéjar de San Lucas —habitado hoy por un inteligente sobrino suyo: Manolo Domecq Zurita—, era desde luego una mujer de mucho fuste, nada amiga de las convenciones, muy disponible y liberal. No debía de andar demasiado sobrada de fondos, pues le había alquilado unas habitaciones de la planta baja del palacio a un poeta recién llegado de Sevilla y doblado de interventor municipal. Esas habitaciones tenían una entrada independiente por la calle, aunque también comunicaban con el que siempre me pareció el más bello y elegante patio solariego de Jerez. El tal poeta, de

nombre Antonio Milla, era un personaje zumbón y jaranero, de alarmante complejón sanguínea, que se había aficionado a los vinos locales con un entusiasmo por lo menos electoralista. Autor de muy variadas composiciones de carácter básicamente ditirámico, coincidió un par de veces con Juan Valencia y conmigo en algunas de nuestras visitas a Mercedes Camporreal. Antonio Milla no sólo aportaba a la reunión un recital breve de sus poesías, sino unas botellas de solera bastante más sustanciosas. Todo parecía incorporado a un paisaje anacrónico y algo decadente, con un excesivo acopio de formas impresionistas, pero también había en aquel salón como el germen de un antídoto contra las zafiedades cotidianas. Además, la marquesa tenía una hija lindísima, Mariana, que aparecía a veces por allí y le otorgaba una atrayente lozanía a aquellos aposentos un poco cauducos.

Todas esas andanzas en común se fueron normalmente descablando. Cada cual eligió su propia carrera y apenas nos veíamos más que a ratos perdidos. El primero que desertó fue Juan Valencia. Un día, no mucho tiempo después de su marcha, me lo volví a encontrar en Sevilla y me dijo que iba a casarse. Era tan joven y estaba tan desposeído de asideros económicos (acababa de abandonar a su familia en un repente de absoluta sublimación de la autosuficiencia), que me sorprendió de veras esa decisión tan precoz e impredecible. Quedamos citados para el día siguiente en los jardines del Alcázar, donde iban a estar él y su futura mujer con Joaquín Romero Murube, entonces conservador o alcaide o usufructuario vitalicio de aquel hermoso recinto árabe. Romero Murube, que era una persona muy fina y muy bien dotada para lo que podrían llamarse las intrigas palaciegas de la vida cultural, había sido por lo visto el causante de que Juan conociera a la que iba a ser su mujer. Se llamaba Margarita Fórmica y resultó que yo ya la conocía de oídas, a través de amigos comunes y aun de parientes. Había estado casada con